

## LA ERUPCION DEL VESUBIO

### QUE DESTRUYO A POMPEYA

(Por Cayo Plinio a Tácito)

Me pides que te describa la muerte de mi tío a fin de que más verazmente se transmita a la posteridad. Te lo agradezco porque estoy convencido de que, si tú conmemoras su muerte, alcanzará gloria inmortal. Porque, aunque haya perecido en la destrucción de una de las tierras más bellas, con tantos pueblos y ciudades, y aunque aquel inolvidable acontecimiento le asegure una vida inmortal y aunque él mismo haya dejado obras permanentes, la eternidad de tus escritos le añadirá eternidad. Considero felices a los que, por gracia de los dioses, les es dado hacer cosas dignas de ser escritas o escribir cosas dignas de ser leídas, pero felicísimos considero a los que les cupo hacer ambas cosas. Mi tío se contará en el número de éstos, tanto por sus libros como por los tuyos. Y así gustosamente me pongo a hacer lo que de mí solicitas.

Estaba en Miseno y mandaba personalmente la escuadra. El noveno día antes de las kalendas de septiembre (24 de Agosto), casi a hora séptima, mi madre le indicó la aparición de una nube de inusitadas grandeza y forma. Había tomado el sol y se había lavado con agua fresca y luego había comido un poco y, echado, estudiaba. Se calzó las sandalias y subió a un sitio desde donde se podía contemplar mejor aquel portentoso. Aparecía una nube, y los que la miraban desde lejos no sabían de qué montaña salía, pero después se supo que se trataba del Vesubio. La nube tenía un aspecto y una forma que recordaba a un pino, más que a ningún otro árbol, porque se elevaba como si se tratara de un tronco muy largo y luego se diversificaba en ramas. Creo que ello se debía a que, al debilitarse la corriente que en un principio la impulsaba, la nube, sin esta fuerza impulsora o debido a su propio peso, se desvanecía a lo ancho, y tan pronto era blanca como sucia y manchada, según llevara tierra o ceniza.

Como hombre sapientísimo, le pareció que aquel portentoso debía ser visto desde más cerca. Hizo preparar una nave libúrnica y me permitió ir con él, si quería, y le contesté que prefería quedarme trabajando, pues precisamente me había encargado que escribiera ciertas cosas. Cuando salía de casa recibió un mensaje de Rectina, mujer de Tasco, la cual le rogaba que la sacara de aquel trance, pues estaba atemorizada por el inminente peligro, ya que su villa estaba precisamente debajo de la montaña y sólo le era dado huir con navíos. Cambió de opinión y se afaná en llevar a término lo que había empezado con intención de prestar de estudio. Se embarca en cuatrirremes con la intención de prestar auxilio no sólo a Rectina sino a muchos, porque aquel litoral era tan agradable que era muy frecuentado. Derechamente se dirige a allí donde los demás huían, mantiene el timón en dirección al peligro, y tan ajeno al miedo que tomaba nota de todos los movimientos de aquella calamidad y de cuanto se ofrecía ante sus ojos.

Cuanto más se aproximaba la ceniza caía en las naves, cada vez más caliente y más densa, y también pedruscos y piedras ennegrecidas, quemadas y rajadas por el fuego, al paso que el mar se habría como un vado y las playas se veían obstaculizadas por los cascotes. Estuvo a punto de volver atrás, pero dijo al piloto, que se lo aconsejaba: "La fortuna favorece a los fuertes. Dirígete a casa de Pomponiano".

Éste vivía en Estabia, y la mitad del golfo lo separaba de nosotros, porque allí el mar se interna a causa de una curva del litoral. Aunque por aquella parte el peligro no era inminente, por el

momento, llevó sus enseres a las naves, dispuesto a escapar si amainaba el viento contrario. Este viento fue favorable a mi tío, que llegó, lo abrazó temblorosamente y lo consoló y animó, con la intención de apartar su temor con serenidad. Ordenó que se le preparara el baño, y después se dirigió a la mesa, donde cenó alegremente o, lo que todavía es más digno de admiración, fingiendo estar alegre.

Mientras tanto en el Vesubio relucían, en diversos lugares, anchísimas llamas y elevados incendios, cuyo fulgor y cuya claridad se destacaban en las tinieblas de la noche. Mi tío, para excusar el miedo, decía que se trataba de hogueras hechas por los campesinos fugitivos o villas abandonadas que ardían. Entonces se fue a dormir y en verdad que durmió con sueño profundo, pues sus ronquidos eran oídos por los que estaban de guardia en la puerta. Pero el patio por el que se llegaba a la habitación empezó a llenarse de tal modo de ceniza y de pedruscos que, si hubiese permanecido allí, no habría podido salir. Se despertó y se reunió con Pomponiano y los demás que habían estado velando. Deliberaron si se quedarían bajo cubierto o si saldrían al raso, ya que el edificio vacilaba debido a frecuentes y largos temblores y parecía que sus cimientos se corrían de un lado para otro. No obstante, si salían a la intemperie, eran de temer las lluvias de pedruscos, aunque más soportables. Cortejados ambos peligros, se optó por la segunda solución: en mi tío ello constituyó el triunfo de la razón sobre la razón, en los demás, el miedo sobre el miedo. Se pusieron almohadas en la cabeza, sujetas con trapos, única protección contra lo que caía.

En otras partes había amanecido ya; allí seguía una noche más negra y más densa que todas las noches, sólo rota por antorchas y luces variadas.

Pareció oportuno ir a la playa y ver qué posibilidades existían en el mar, que estaba desierto y adverso. Allí se echó sobre un lienzo y pidió agua fresca, y la bebió dos veces. A él le despertó y a los demás les hizo huir el olor del azufre, precursor de las llamas, y éstas llegaron luego. Se levantó apoyándose en dos siervos, pero cayó enseguida debido, a lo que creo, a que el vaho caliginoso le tapó la respiración y le cerró el estómago, que tenía muy delicado y propenso al vómito. Cuando nuevamente se hizo de día - y era el tercero desde que había dejado de ver - su cuerpo fue hallado intacto y tal como iba vestido: más tenía el aspecto de dormir que el de estar muerto.

Mientras tanto yo y mi madre estábamos en Miseno. Pero esto ya no interesa a la historia y a ti únicamente te interesaba tener información sobre su muerte. Acabo, pues, añadiendo únicamente que te lo he contado tal como lo vi o tal como lo oí relatar inmediatamente después de sucedido, es decir, cuando el recuerdo era reciente. Tú escoge lo que más te convenga, pues no es lo mismo escribir una carta que una historia ni dirigirse a un amigo que a todos. Ten salud.

Cayo Plinio a Tácito, salud.

Inducido por la carta que, a instancia tuya, te escribí sobre la muerte de mi tío, me dices que deseas saber los temores y peligros por los que pasé cuando quedé en Miseno, que es donde interrumpía mi relato. Aun-que mi ánimo se horroriza al recordarlo, empezaré.

Así que mi tío se hubo marchado me entregué al estudio, pues para esto me había quedado; luego me bañé, cené y dormí con inquietud y poco. Hacia muchos días había habido un terremoto no muy alarmante, ya que es algo muy frecuente en Campania. Pero aquella noche fue tan fuerte que parecía que todo más que moverse se venía abajo. Mi madre entró precipitadamente en mi habitación en el preciso momento que yo salía con intención de despertarla si dormía. Nos sentamos en la explanada que había entre los edificios y el mar. No sé si por vocación o por imprudencia, pues entonces aún no tenía dieciocho años, me llevé un volumen de Tito Livio y, para distraerme, me puse a leerlo y a tomar notas, como había hecho antes. De pronto se acercó un amigo de mi tío que recientemente había llegado de España para visitarlo, y al vernos a sentados, y a mí que aún estaba leyendo, reprochó a mi madre su paciencia y a mí mi confianza. No obstante, yo seguí ocupado con mi libro.

Llegó la primera hora del día y no era todavía claro. Los edificios de los alrededores estaban tan agrietados que en aquel lugar descubierto y angosto el miedo crecía por momentos. Entonces nos pareció oportuno abandonar la villa. La multitud nos seguía admirada, pues en los momentos de pánico uno se suele guiar por las decisiones de los demás, y todos empujaban a los fugitivos. Al llegar al campo nos paramos. Nos sorprendían muchas cosas dignas de admiración y de temor. Entre otras, ocurría que los vehículos que habíamos ordenado que nos precedieran, a pesar de estar sobre un campo llanísimo, emprendían diversas direcciones y no era posible mantenerlos quietos ni falcándolos con piedras. Además, veíamos que el mar se recogía en sí mismo, como si temiese los temblores de la tierra. La playa se había ensanchado y muchos animales marinos habían quedado en seco sobre la arena. Por el otro lado una negra y horrible nube, rasgada por torcidas y vibrantes sacudidas de fuego, se abría en largas grietas de fuego, que semejaban relámpagos, pero eran mayores.

Entonces aquel amigo que había venido de España nos dijo seca y llanamente, a mi madre y a mí: "Si tu hermano, si tu tío, vive todavía, quiere que vosotros también os salvéis. Si ha muerto, quiso que le sobrevivierais. Por lo tanto, ¿qué esperáis para emprender la huida?" Le respondimos que no buscaríamos nuestra salvación mientras nada supiésemos de la suya; y él, sin esperar más, se alejó del peligro lo más velozmente que pudo. No tardó mucho tiempo en descender aquella nube hasta la tierra y cubrir el mar, ya había rodeado y escondido a Capri, y corriéndose hacia el Miseno lo ocultaba. Entonces mi madre me pedía, me rogaba y me mandaba que huyese como pudiera, porque siendo yo joven bien lo podría hacer, y ella, apesadumbrada por los años y el cuerpo, moriría tranquila al no ser la causa de mi muerte. Yo, por mi parte, no me quería poner a salvo si no era juntamente con ella; y así la cogí de la mano y la obligué a ir de prisa, lo que hizo acusándose a sí misma de constituir un estorbo para mí. Ya caía ceniza, aunque poca, pero al volver el rostro vi que se aproximaba una espesa niebla por detrás de nosotros que, como un torrente, se extendía por tierra. "Apartémonos -dije- mientras veamos, a fin de que la multitud no nos atropelle en la calle empedrada cuando vengan las tinieblas." Apenas habla dicho esto cuando anocheció, no como en las noches sin luna o nubladas sino con una oscuridad igual a la que se produce en un sitio cerrado en el que no hay luces. Allí hubieras oído chillidos de mujeres, gritos de niños, vocerío de hombres: todos buscaban a voces a sus padres, a sus hijos, a sus es-posos, los cuales también a gritos respondían. Unos lamentaban su des-gracia, otros la de sus parientes, y

había quienes, por miedo a la muerte, la imprecaban. Muchos eran los que elevaban las manos hacia los dioses, y muchos había también que, convencidos de que los dioses no existen, creían que aquella era la eterna y última noche del mundo. No faltaban los que con terror falso y fingido exageraban los peligros reales. Algunos notificaban a los crédulos con falsedad que se habla desmoronado e incendiado el Miseno. Cuando aclaró un poco nos pareció no que amanecía sino que el fuego se iba aproximando; pero se detuvo un poco lejos, y luego volvieron las tinieblas y otra vez la espesa y densa ceniza. De cuando en cuando nos levantábamos para sacudírnosla, pues de lo contrario nos habría cubierto y ahogado con su peso. Me podría envanecer de no haberme lamentado y de no haber proferido ningún grito fuerte en medio de tantos peligros, pero me consolaba, en mi mortalidad, la idea de que todos y todo acababa conmigo.

Aquel vaho caliginoso, no obstante, se desvaneció en humo y niebla, y pronto amaneció de veras y hasta lució el sol, aunque algo sombrío, como cuando se produce un eclipse. Ante nuestros ojos parpadeantes todo aparecía distinto y cubierto de espesa ceniza, como si fuera nieve. Tras haber curado como pudimos nuestros cuerpos volvimos a Miseno y pasamos una noche angustiosa y terrible entre la esperanza y el miedo. Prevalció el miedo, porque todavía duraba el terremoto, y eran muchos los que añadían a las desventuras propias y ajenas con terroríficos vaticinios. Pero nosotros no determinamos marcharnos, aunque todavía estábamos expuestos al peligro, porque esperábamos noticias de mi tío.

No leas esto creyéndolo digno de pasar a la historia ni con la finalidad de incorporarlo a tus escritos. A ti se debe, que me lo pediste, si ni tan sólo es digno de una carta. Ten salud.